

1850 ustedes de aquí á mañana sobre este grave negocio, y encomiéndeme á Dios para que me dé acierto».

Volvió al plazo citado el P. Visitador, y aunque parece que el Presidente quiso evadir aquel segundo lance, negando su presencia en palacio, al fin se presentó acompañado de Murillo, y afectando desembarazo, dijo:—Con que, qué arbitrios ha discurrido V., Padre?—Yo he pensado, respondió, que puesto que se dice que el partido conservador pretende apoyarse en nosotros, y el liberal nos combate, el Gobierno debería tomarnos bajo su protección, y de esta manera ni los unos nos combatirían, ni los otros dirían que les apoyamos, y el equilibrio quedará restablecido.—No esperaba el Presidente una salida tan ingeniosa al par que justa y prudente: enmudeció por algunos momentos y luego cambió bruscamente de conversación, como un hombre desconcertado que no sabe cómo salir de un lance peligroso, y por fin concluyó diciendo: «Vayan VV. seguros de que no serán heridos alevosamente».—Retiráronse los PP. pensando en el sentido que podía tener aquella expresión medio enigmática de López; los hechos lo demostraron después, porque, como veremos, todo se hizo con la mayor publicidad y aparentando que aquel paso se daba en cumplimiento de las leyes de la República y, en fin, todo muy justificado y conforme á derecho. Así debió interpretarlo el P. Gil, porque aquel mismo día dijo á los PP. que si bien el Presidente no había hablado claro, podían ya prepararse para recibir el golpe.

8.—Últimos días en Bogotá.

8)—Esta última entrevista tenida el 5 de Mayo no surtió el efecto que el Gobierno y su camarilla deseaban, á saber, que los Jesuitas cedieran y espontáneamente dejaran la Nueva Granada; mas la resolución estaba ya tomada; sólo restaba hacer los preparativos para llevarla á cabo. Amargos fueron estos días para toda aquella capital. Los Jesuitas celebraban con inusitada pompa el Mes de María; predicaban y confesaban

1850 y regentaban el Colegio con su acostumbrado celo, pero esto mismo los ponía en ocasión de informarse de todos los diversos y encontrados rumores que circulaban por la ciudad, pues en esos días era el tema obligado de las conversaciones, lo mismo en las calles y plazas que en el seno tranquilo del hogar doméstico: todos los amigos se creían obligados á informar á los PP. de lo que sabían, y los alumnos externos contaban lo que habían oído en sus casas, mas, como es propio del corazón humano pintarse las cosas más conformes al sentimiento dominante que á la realidad, y los hechos suelen revestirse del carácter de quien los refiere, resultaba una variedad y confusión de noticias que servían de tormento á los PP. sin poder reportar de ellas utilidad alguna. Y á fe que la excitación y efervescencia que se dejaba sentir en la ciudad no era para menos. Por una parte la democrática de la cual se habían constituido tribunales los dos Presbíteros de que arriba hablamos, Asuero y Alaix, declamaban furiosamente contra la Compañía y pedían su expulsión con tan vivas instancias, que al fin hubo de prometerles el Presidente que firmaría el ansiado decreto; y es claro que la prensa liberal no guardaba silencio, ni se mostraba ajena del asunto. Por otro lado las continuas comisiones que se presentaban al Gobierno á nombre de todas las clases sociales y gremios de la ciudad pidiéndole que retrocediese ante aquella medida tan opuesta á la voluntad nacional traían al Presidente agitado, respondiendo siempre con el lenguaje de la cobardía: «los liberales del Congreso me piden la expulsión; y si no la decreto me niegan la ley de gastos sin la cual no puedo gobernar, á no ser que me erija dictador: mi situación es penosa: pidan VV. á Dios que me ilustre y me indique su voluntad». Esta misma fórmula oyeron las comisiones del Capítulo Metropolitano, de las órdenes religiosas, de los artesanos, de los enfermos del Hospital, de las escuelas, porque no

1850 había quien no quisiese hacer algo de su parte en favor de los perseguidos Jesuitas; pero no debemos pasar por alto algunos detalles de la representación de las Señoras, porque dan una idea cabal del Presidente y de la gente que le rodeaba. Extractaremos la relación que circuló muy á raíz de los hechos en un folleto intitulado: «Lágrimas y recuerdos, ó justificación del dolor de las Bogotanas por la expulsión de los Religiosos de la Compañía de Jesús».

Más de 800 señoras de las familias más distinguidas de Bogotá habían firmado una representación al Presidente en favor de la Compañía, confiadas en que, si las razones comunes á todas las clases de la sociedad en general no habían hecho mella alguna en el ánimo del Gobernante y su camarilla, la respetabilidad de madres y de esposas que pedían no ser privadas de sus mejores auxiliares en la educación de sus hijos valdría acaso algo más que las leyes y los derechos tantas veces alegados ante unos hombres que sólo procedían por pasión ó capricho. La comisión que debía presentar la petición se componía de 200 de mucha consideración por diversos títulos, á cuya cabeza iba la viuda del general Villavicencio, distinguido prócer de la Independencia, decapitado por el Gobierno Español en una de las plazas de Bogotá. Esta respetable matrona, treinta años antes se había presentado en aquel mismo lugar pidiendo, bañada en lágrimas, la vida para su esposo, y sus ruegos fueron desatendidos, lo cual le hacía presentir que esta vez le sucedería otro tanto, y no se engañó, por más que sus compañeras, poco conocedoras del espíritu liberal, se empeñaban en hacerle ver la diversidad de las circunstancias, pues entonces había tenido que presentarse á un gobernante absoluto y en momentos en que era de su deber ahogar en sus gérmenes los primeros conatos de rebelión contra la metrópoli española, entre tanto que ahora iba á entenderse con

1850 un Presidente del partido liberal, que profesa la tolerancia y respeto sumo á la Constitución y á las leyes de la República, las cuales son una evidente garantía de la permanencia de los Jesuitas en ella. El éxito declaró cuán fundados eran los temores de la respetable viuda de Villavicencio, y cuán falsa y engañosa la máscara de libertad y tolerancia con que estos hombres disfrazan la más cruel de las tiranías. Habíanse reunido las sobredichas Señoras en el salón de la Universidad, el antiguo y renombrado Colegio de San Bartolomé, y, no sin haber tenido que sufrir antes las burlas y sarcasmos de una estudiantina descortés y corrompida que hacía gala de mofarse de todo lo bueno, se trasladaron á la hora señalada al palacio presidencial. Aquí encontraron aquella vil canalla que les había tomado la delantera, ocupando los asientos del salón y dispuestos á continuar en su tarea execrable de mofarse de aquellas respetables matronas. Apareció López cubierto con su gorro frigio y dando muestras de visible turbación, las saludó cortesmente y se quedó de pie apoyado sobre el ángulo de la mesa. Acercóse la Señora de Villavicencio y le presentó el abultado memorial, diciéndole: «Señor, he tenido la honra de ser elegida por las Señoras de la Capital para poner en vuestras manos la presente solicitud y espero que será despachada favorablemente.—Supongo que esta representación será sobre...—Sobre Jesuitas.—Las Señoras deben estar seguras de que yo obraré siempre conforme á la constitución, á las leyes y á la política.—Precisamente, Señor, es eso lo que pedimos; y tened en cuenta la ansiedad en que se halla la población y el gran bien que ella tiene en las instrucciones y consuelos que diariamente recibe de los PP. Jesuitas, y compadeciéndoo de tantas madres de familia pobres que por una tan moderada cuota logran que sus infelices hijos adquieran una buena educación en los Colegios de los PP. decretad pronta y favorablemente

1850 nuestra solicitud.—Señoras, yo no soy Coriolano, y así no me dejaré seducir por las Señoras de Bogotá, como él se dejó vencer por las Señoras romanas. Yo no soy perjuro, no perjuraré jamás.—Estas palabras que afectaban una firmeza digna de mejor causa, fueron celebradas con calurosos aplausos por el populacho estudiantil que rodeaba el salón y estrechaba indecorosamente á las matronas. Yo estoy entre la espada y la pared, prosiguió, porque los Senadores y Representantes me niegan las leyes de gastos y pie de fuerza, si no expulso á los PP.—Tomó entonces la palabra otra de las Señoras, la cual con la elocuencia del dolor y la mayor libertad que le daba su próximo parentesco con el Presidente, le hizo ver que él sería responsable delante de Dios y de los hombres de las consecuencias que tuviera la resolución y de los males que sufriera la sociedad si expulsaba á los Jesuitas, arrebatando á los padres y madres de familia el consuelo de ver los adelantos que en ese Colegio, el único acaso que inspiraba toda confianza, hacían sus hijos.—Los Jesuitas, repuso López, son la bandera que el partido conservador ha tomado para hostilizar al Gobierno y la causa de que hoy estemos divididos, y aunque ellos fueran inocentes...—Son inocentes, son inocentes, respondieron todas las Señoras con voz unánime y llorosa, capaz de ablandar cualquier pecho accesible al sentimiento; mas aquel hombre á quien manejaban como una máquina sus partidarios, de los cuales se hallaban varios escondidos tras el solio presidencial, para que no fuera á extralimitarse de las instrucciones recibidas, no respondió más. Ya habían sufrido muchas descortesías aquellas virtuosas damas aun allí mismo á presencia del Presidente, pero advertido este por un caballero de que se les preparaban aún mayores á su salida de palacio, tuvo la consideración de acompañarlas él propio hasta la puerta; mas aún así tuvieron el dolor de oír los vítores y

estrepitosos aplausos á López por la firmeza que había 1850
mostrado no dejándose ablandar de súplicas, y, quién lo creyera! hubieron de oír al mismo Presidente correspondiendo con vítores á la democrática. Nos abstemos de comentarios sobre todas estas escenas, que á la verdad son capaces de manchar el decoro tan decantado de los Granadinos; mas para dejarles en su debido punto remitimos á nuestros lectores á una hermosa carta que la indignación dictó al Sr. Don Venancio Restrepo, testigo presencial de las escenas referidas, el cual con todo el respeto debido á un alto magistrado le demuestra qué lejos ha estado de ponerse á la altura que corresponde al Jefe de una República.—Apéndice núm. VII.

Por lo demás la famosa representación de las matronas bogotanas no tuvo más respuesta oficial que una carta del Secretario Murillo en la cual se decía: «El Poder Ejecutivo... resuelve que esta solicitud se agregue á las otras que existen en la Secretaría de Gobierno, ya en pro, ya en contra de la residencia de los mismos PP. Jesuitas, sobre lo cual se resolverá bien pronto, consultando únicamente los mandatos del deber y el cuidado de los grandes intereses sociales confiados á la lealtad y patriotismo del actual Presidente de la República». Tal respuesta de pura fórmula ó nada significaba, ó quería decir simplemente que ningún caso se haría de aquella representación, ni más ni menos que de las que antecedieron y sucedieron, pues no se trataba de dar oídos á la razón y á la justicia, sino de ejecutar impíos planes preconcebidos, sin que les detuviera el tener que hollar los derechos más sagrados.

En estos días en que los ánimos se hallaban en grande excitación y se temía no sin fundamento se alterase la paz de la República, dos caballeros de los más decididos amigos de la Compañía, los señores D. Mariano Ospina y D. Eusebio Caro que por sus

1850 talentos y altos puestos que habían ocupado gozaban de gran prestigio y eran como los jefes del partido conservador, publicaron una carta, dando ya como un hecho la expulsión de los Jesuitas y exhortando á sus amigos políticos á mantener la paz, aduciendo para este fin estas cuatro razones: que la expulsión sería la ruina legal de los liberales, que toda revolución se achacaría á los mismos Jesuitas, que presto vendría el tiempo de la reparación, que se traerían Jesuitas Ingleses, Franceses ó Anglo-americanos, á los cuales no podrían expulsar. Sin atrevernos á juzgar del valor político de esta medida á todas luces bien intencionada, sólo podemos decir que en general produjo el efecto que se deseaba en el partido conservador, porque algunos quedaron convencidos por aquellas razones, otros aunque no convencidos, tampoco se atrevían á contradecir la opinión de sujetos tan respetables, otros la contradijeron, pero todos al fin se resignaron. Esta actitud del buen partido colmaba los deseos de los rojos, que se veían ya sin trabas, ni temores para proceder á la expulsión. (*)

El 17 de Mayo se reunió el Consejo de Gobierno compuesto del Vice-presidente y los cuatro Ministros para tratar definitivamente de la cuestión Jesuitas: exigió López después de la discusión oral que cada uno diera por escrito su voto, y como era natural todos, menos el Dr. Rufino Cuervo, Vice-presidente, opinaron en favor de la expulsión. Tenemos á la vista la copia misma de su voto razonado que el Dr. Cuervo

(*) Pueden enterarse nuestros lectores del contenido de esta carta en el Apéndice núm. VIII; al pie de las firmas se lee la siguiente nota: «Esta carta se ha fijado en los lugares públicos de esta ciudad, y los democráticos, instrumentos del club jacobino, se han apresurado á arrancarla: nueva y evidente prueba de sus planes de provocación y asesinato sobre el pueblo indefenso, supuesto que ese club se esfuerza para que no llegen á este los consejos que se le dirigen con el fin de que no se deje arrastrar fuera del campo del orden y de la paz.

1850 envió á Jamáica poco después de llegados allá los PP. expulsos de Bogotá y puede leerse en el Apéndice IX, como una de las mejores apologías de las varias que entonces se escribieron en favor de la Compañía, refutando los ridículos argumentos de los liberales contra su existencia legal en la Nueva Granada. Al siguiente día López dió un convite á los Senadores y Representantes que habían firmado la exposición extra-oficial de que arriba hablamos, pidiendo la expulsión, y eran sin duda los mismos que le amenazaban con negarle el pase al presupuesto si no la verificaba, y en efecto aquella misma noche el decreto, en cuya virtud debían los Jesuitas salir de la República, quedó firmado por el Presidente y sus Secretarios. El haberse verificado este acto después del convite dió motivo á que se dijera en Bogotá que habían embriagado á López para arrancarle la firma del decreto de expulsión, y en efecto, hallamos consignado en un manuscrito de esos mismos días, que cierta persona avisó al Arzobispo para que se excusara de asistir, si se le invitaba, para que no presenciase aquel espectáculo vergonzoso. No sería este el único caso en que los liberales han apelado á este inicuo recurso para llevar á cabo sus planes destructores; sin embargo, no creemos que López necesitara ya de perder el juicio por la embriaguez, que harto perdido lo tenía quien por la ambición de mandar se había ligado con tan vergonzosos compromisos, y puesto en manos de hombres de tal jaez, como Muriilo y demás demócratas exaltados.

Obtenido el decreto de expulsión era prudente guardar el secreto mientras se hacían los aprestos y se tomaban las precauciones convenientes para dar el golpe con toda seguridad; estos mismos preparativos daban á entender de lo que se trataba. El día 19 se publicó un bando marcial para alistar tropas: el 20 marchó el General Obando comisionado para ejecutar